

PREGON DE FIESTAS
1981

Miguel Ortuño Palao

Miguel Ortuño Palao.

Nace en Yecla. Catedrático de Instituto. Medalla de Oro y Cronista de Yecla. Académico de número de la Real de Alfonso X El Sabio. Socio de Honor de la Asociación de Mayordomos.

Reverendo Párroco.

Presidente y Directivos de la Asociación de Mayordomos.

Directivos de la Escuadra de Arcabuceros de Vinaroz.

Amigos todos:

En este momento una serie de sentimientos convergentes fluyen en mi alma. Uno es el de gratitud, por haberme deparado, en esta ocasión, actuar de pregonero de las Fiestas de la Virgen del Castillo, la Patrona de Yecla; gratitud que debo y que quiero expresar específicamente a la Escuadra de Vinaroz, organizadora de este acto con la autorización de la Asociación de Mayordomos.

Pero, aparte de este sentimiento personalísimo, hay otros tres que compartís conmigo todos en esta noche: es el placer estético de haber escuchado al Orfeón "Fernández Caballero" y a la Orquesta de Cámara del Conservatorio, dos amables embajadas de nuestra capital; es la emoción que sentimos por la entrega de una doble distinción, la de la Escuadra y la de la Corporación Municipal, a la entrañable figura de don Martín Martí Font, en la persona de su hijo, porque sabemos que él estará gozando, junto a Dios y muy cerca de nosotros, en este yeclano acto de

exaltación a la Virgen, a quién él tanto y tan bien supo cantar; y es, finalmente, la ilusión por ver y escuchar la actuación de los Coros y Danzas de Yecla, ese grupo de incansables yeclanos que ha sabido llevar, con arte y con orgullo, el nombre de nuestra ciudad por muchos países de América y de Europa.

Estos tres sentimientos podrían coartarme, pero lejos de ello, me dan ánimos, me dan fuerzas para lanzar este pregón que, en definitiva, lo podría pronunciar cualquiera, porque hablar sobre las fiestas de la Virgen, en un ambiente tan cálido y entusiasta como éste, resulta sencillo para cualquier corazón yeclano.

Este pregón se celebra por vez primera en nuestras fiestas y acaso pudiera suceder que este año de 1981 sea el arranque de una nueva tradición, de una noche lírica que se engarce en nuestras fiestas, a fin de que cada año una voz yeclana diga en público lo que siente. Que sólo en esto consiste el pregonar: decir en alta voz lo que se vive en estas fechas, en proclamar llanamente —y en este instante están sonando las doce campanadas de la noche en el reloj de la Plaza Mayor— que Yecla está de Fiestas, que con la llegada del día cinco de diciembre ya estamos en el primer día cuando empieza en Yecla la más espiritual e intensa de sus alegrías colectivas, y que este gozo festivo se hace en honor de la Virgen, y es de todos y para todos, porque, si no fuera así, la Madre de todos no quedaría contenta. ¡Esta fiesta es el gozo de Yecla entera!. . .

Y voy al fondo de lo que intento explicar. Yo querría, y no sé si lo conseguiré, tempoespaciar las fiestas de mi pueblo, es decir, situarlas en un tiempo y en un espacio determinados para ver cómo surgieron y se desarrollaron, pero, sobre todo, para señalar cómo a lo largo de los años han ido conformando una serie de actos que revisten un carácter especial y un profundo simbolismo y que han penetrado tanto en la esencia del pueblo que ya es imposible romper o disociar este abrazo íntimo, esta simbiosis entre Yecla y sus fiestas patronales, de tal modo que, una de dos,

o entendemos a Yecla como una ciudad mariana por excelencia, como una ciudad que tiene en el amor a la Virgen su principal característica, o nos quedamos sólo en la cáscara, en la superficie, sin entender ni penetrar en el meollo de nuestra identidad como pueblo.

Porque mirad, esta fiesta nuestra no es el resultado de un hecho portentoso o milagroso o trascendental que cada año se repite y conmemora. No es tampoco la mecánica transmisión de una herencia de nuestros antepasados. Ni es pieza arqueológica que únicamente sirve para ser contemplada en un museo. No. Nuestra fiesta es mucho más que todo eso. Nuestra fiesta es un sedimento de afectos colectivos, es una gestación secular e incontenible, que nadie la va a poder parar, en la que cada generación asimila lo realizado por sus mayores, lo recibe y acepta y, al mismo tiempo, aporta su ofrenda particular.

En este sentido bien podemos afirmar que la tradición de esta fiesta es una tradición viva y vitalizadora, a la vez añeja y actualizada, capaz de engendrar y añadir nuevas ideas sin deformar jamás la esencia del legado original. Aquí, en Yecla, se revive la tradición y se la reaviva.

Mas antes de adentrarme en lo fundamental de la fiesta, me gustaría ampliarla históricamente y situarla en un contexto de amor mariano que ha vivido Yecla a lo largo de los siglos, puesto que así comprobaremos cómo las fiestas no son una inclusión postiza, no son un añadido artificial, ni constituyen un detalle circunstancial o extraño a nuestra historia. Veremos, por consiguiente, que las fiestas responden a la hondura religiosa, concretamente mariana, que ha perfilado nuestro modo de ser. Permitidme para ello unas rápidas pinceladas acerca del ayer yeclano que demuestren la veracidad de lo que afirmo.

Dice la tradición -la tradición, no los textos escritos- que antes de la aldea árabe que se conocía con el nombre de Yakka, hubo una primitiva ermita que poseía un cuadro dedicado a la Encarnación. Y esa misma

tradicción nos cuenta que la imagen que estuvo en San Roque y después en el Niño Jesús y actualmente en las Casas Consistoriales había sido hallada entre las ruinas antiguas de los Torrejones.

Dejemos las leyendas. Vayamos a la historia comprobada y rigurosa. A principios del XVI, en los albores del Renacimiento, nuestra Iglesia Vieja ya se titula Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, y entre sus imágenes había dos dedicadas a la Virgen: una la del Portal, la que, entre bordados y encajes de piedra, está en la entrada Norte mirando al mercado y al pueblo, y otra la que presidía el retablo que en la segunda mitad de ese siglo esculpieron los hermanos Ayala. Y cuando en 1575 se contesta a las Relaciones Topográficas del rey Felipe II, se hace constar la devoción que se dispensa a María en el Castillo y que se está levantando un templo, el popular Hospitalico, para ofrendarlo a la Virgen de los Dolores. Ya en aquellos años, siglos antes de que Pío IX lo elevara a dogma de fe, nuestros Ayuntamientos, desde el alcalde mayor hasta el último de los regidores, para posesionarse de sus cargos, tenían que jurar solemnemente la defensa del misterio de la Concepción Inmaculada de María.

Y en el XVII, junto a ese Ayuntamiento y en su plaza, se construye la ermita de la Virgen de las Nieves, donde ahora está la torre del Reloj, y a fines de esa centuria se funda la Cofradía de la Purísima y se posee el pequeño santuario del Castillo, traída por un anónimo franciscano, la imagen que desde entonces va a ser 'faro y guía' para todos los yeclanos, como reza su precioso Himno.

En la época neoclásica, en el XVIII, cuando Yecla se ensancha y engrandece, serán los terciarios franciscanos (esos que, en el próximo año van a conmemorar con grandes festejos y muy justamente el cuarto centenario del establecimiento de los franciscanos en nuestra población), será la Venerable Orden Tercera la que edifique una capilla mariana, junto a la iglesia de San Francisco, y deposite en ella la joya escultórica de la Virgen de las Angustias, obra inigualable del maestro Francisco

Salzillo, al tiempo que, por nuestras calles, se empiezan a escuchar los cantos lauretanos que lanzan al aire los auroros, llevando en procesión a la Virgen del Rosario.

El pasado siglo, el XIX, erigirá otra iglesia más para la Señora, para no romper la tradición yeclana de levantar en cada siglo un templo a la Madre. La amplia y majestuosa Basílica, que conocemos con el nombre popular de Iglesia Nueva, estará dedicada a la Purísima Concepción. Y por aquellas décadas se constituye la Congregación del Corazón de María; y se establece la Orden de Franciscanas Concepcionistas, esas monjas de clausura y oración; y las Hermanitas de los Ancianos, que tanta caridad han derramado y derraman sobre Yecla, colocan en su capilla la imagen de la Virgen de los Desamparados; y las Hermanas de San Vicente de Paul extienden la devoción de la Medalla Milagrosa; y en la venerable Iglesia Vieja se coloca una Virgen de Lourdes; y en el nuevo templo parroquial del Niño se entroniza a la Virgen del Pilar y allí orarán las Marías de los Sagrarios; y el santuario del Castillo, con sus pasos del Via Crucis, con su explanada y con su fachada y camarín adopta ese paisaje que a todos nos resulta tan grato y tan familiar.

¿Y en nuestra época? También podríamos hablar de la Virgen de Fátima que hay en la novísima parroquia de San José Artesano, el esposo de María; o de las advocaciones marianas que pintó Manuel Muñoz Barberán en la Basílica, como reina de mártires, de vírgenes y de confesores; o de la Piedad que puso don Joaquín Martínez Guillamón en el pórtico del Cementerio para consuelo de los afligidos; o de la copia de la Virgen del Castillo que presidirá, Dios mediante, la capilla del Hospital para servir de bálsamo al dolor humano.

Entonces, nuestro siglo ¿no ha levantado ningún templo a María como hiciera en los siglos precedentes? No sé si mis palabras serán imprudentes o atrevidas cuando digo que nuestro siglo ha hecho más que elevar un templo: ¡ha vivido la Coronación! En aquel inolvidable

diciembre de 1954, en que el jardín y las calles y el cielo de Yecla se convirtieron en templo para la Madre, cuando se vivió el espectáculo más bello que vieron y podrán ver las retinas de los aquí nacidos, cuando la Virgen sin corona, aparecía 'mas divina cuanto más humana...'

¡Cómo me gustaría rememorar para los mayores aquellos actos de la Coronación! ¡Cómo me agradaría explicarlos para aquellos más jóvenes que no lo vivieron! Pero habría de emplear palabras de aurora y de cristal para describir aquel acontecimiento, cuando el aire, mejor dicho, el viento recio de Yecla agitaba los cabellos negros de la Patrona, cuando su cara morena aparecía transida de lirio y de clavel, cuando el obispo, en nombre del Sumo Pontífice, colocaba la corona canónica sobre la cabeza de María del Castillo. Era la cita de la Yecla total, una cita preparada por el recorrido que la Virgen había hecho, en ruta misionera, por todas las calles, por todas las casas, para tener caricias de Madre con los pobres, con los enfermos, con los más olvidados, con los más alejados, con los que más necesitaban de su cariño.

En este aspecto, la Coronación no ha terminado. La Coronación hay que vivirla año tras año y día tras día; hay que renovarla continuamente con nuestra reforma interior, con nuestro cambio de mentalidad para ajustarla al Evangelio, con nuestro compromiso social, independientemente de las opciones políticas, porque la Virgen está por encima de todas ellas con nuestra apertura de corazón para que en él quepan todos nuestros hermanos. Este será el mejor modo de repetir anualmente la ceremonia inolvidable de la Coronación.

Este ha sido el proceso histórico que yo trataba de resumir. Ahora sí nos explicamos que existe una religiosidad popular que se ha manifestado en el amor a la Virgen a lo largo del tiempo. Ahora sí sabemos que nuestra historia ha sido un caldo de cultivo -gozoso y sagrado- de donde necesariamente tenían que surgir las más importantes fiestas de la ciudad, las de la Virgen, las que en esta noche tenemos el honor de pregonar.

Unas fiestas que arrancan de la mitad del XVII, concretamente de 1642, cuando el Ayuntamiento envía a Vinaroz, para la guerra de Cataluña y para que no se rompiera la unidad de España, al capitán Martín Soriano Zaplana con una Compañía de unos ochenta yeclanos, y cuando éstos vuelven sin ninguna baja, quieren, lógicamente, expresar su gratitud a la Virgen y suben al Castillo para postrarse ante el cuadro de la Encarnación y decirle sencillamente gracias.

Y este es el modesto y humilde origen de nuestras fiestas, sin sangre y sin batallas. Después traerán la imagen de la Virgen del Castillo -ésta, cuyo retrato estamos viendo aquí-, y en 1711 se formalizará lo esencial de la fiesta para situarla en diciembre con la bajada, la procesión y la subida, y en 1786 -sólo faltan cinco años para conmemorar el segundo centenario de las Reales Ordenanzas- ya se reglamenta todo lo importante, y luego van surgiendo esos añadidos que completan la fiesta y la convierten en única y original.

Nuestra época también va a dejar su huella, además del hecho de la Coronación. Será la ofrenda floral del día siete en que por vez primera empieza algo que necesitaban las fiestas y era la presencia de la mujer yeclana. Será la emulación de las Escuadras, todas ellas hermanadas y conectadas con la Asociación para añadir nuevas iniciativas e inquietudes. O será el beso a la Bandera, para transformar en colectivo y reglamentario lo que desde siempre era individual. Todo ello vitaliza, da un auge mayor, una proyección mayor a nuestras fiestas.

Y cada diciembre repetimos el gesto en un doble sentido: por un lado, la concepción sobria, ascética, viril de la belleza -y lleva razón el maestro Azorín cuando habla de la ciudad adusta-, y por otro la explosión ardorosa, desbordante y tierna del amor. Belleza y amor de nuestras fiestas, simbolizadas en ese contraste -un contraste muy propio del barroco en que se inician- entre el arcabuz y el piropo, entre el estampido y la súplica, entre el rudo tirador y el gentil paje, entre las arcas cerradas

y la ofrenda florida de la mujer, entre la pólvora y el corazón. Y, como marco, unas calles con polvo de siglos, una montaña con un santuario en su cima, veinte mil almas viviendo de la fe, y María, la doncella de Nazareth, aclamada como Madre y como Reina, única y verdadera protagonista de todas estas fiestas.

No sé si será por deformación profesional, pero observad que cuando un pueblo asimila en su vocabulario unas determinadas palabras dándoles una particular acepción, es porque ese pueblo vive y conoce de padres a hijos ese específico significado. Esto ha ocurrido en Yecla con el léxico de la fiesta. Aquí decimos con naturalidad vocablos cuya significación no entiende el no conocedor de las fiestas: mayordomo, paje, clavario, tíos de las punchas, tirador, beneplácito, botija, alborada, retaguardia, mecha, bastón, arcas cerradas o jugar la bandera. Aquí enlucir es encalar las fachadas de las casas tradicionales en vísperas de diciembre. Aquí ahorros son los senderos o atajos que hay en el cerro del Castillo. Aquí castillicos son los fuegos artificiales de la placeta de San Cayetano en el día de la procesión. Y aquí, hasta una palabra despectiva como es la de soldadesca, se torna en ponderativa, en elogiosa, porque se refiere a la noble agrupación o Compañía de los arcabuceros de la Virgen. Es un prueba más de la popularidad de nuestras fiestas.

Y otra demostración sería la de la lírica. En Yecla no hay poeta que no haya sido inspirado alguna vez por la musa de la fiesta. Fácil y bello me sería acogerme a los poetas para acabar el parlamento de esta noche. Fácil y bello me sería cantar la hora del alba con palabras de Paco Corbalán. O explicar la alborada nostálgica con romances de Ramón Puche Rico. O describir la entrada de la Virgen a la Basílica con versos de Maximiliano García Soriano. O recordar el momento de la Coronación con el inspirado soneto de Manolo Vicente Juan. O saludar a la Virgen como Reina, con otro de Miguel Crespo Amorós. O recitar endecasílabos -como lo ha hecho al empezar este acto Francisco Ortín- sobre la Virgen y el Castillo con la pluma de Martín Martí Font. O, para no alargarme

más, repetir la sublime antífona de versos octonarios que a la Patrona le dedicó el estro rubeniano de Francisco Antonio Jiménez Martínez. Y hasta podría hablar de ese arcabucero anónimo que sólo sabe trabajar, disparar y amar, como hace un par de días lo retrataba la recia prosa de José Luis Castillo-Puche.

Yecla, en su historia y en su léxico, en su arte, en su pueblo más sencillito, en sus poetas más ilustres, en sus escritores, es un requiebro amoroso a la Virgen, una incesante y continua Coronación.

Sé que recojo todo vuestro sentir si termino mi pregón dirigiéndome a Ella, presente en los cuadros que engalanan este teatro y que recuerdan el XXV Aniversario de la Coronación. Dirigiéndome a Ella para decirle que acepte todo lo que en este año le vamos a ofrecer:

El redoble del tambor y el beneplácito municipal.

La emulación constante de las Escuadras que tanta gloria darán en el futuro a nuestras fiestas.

Las flores de la tarde del día siete y la oración de los pajes.

El llanto de los mayordomos al desprenderse de sus insignias y la ilusión apasionada de los clavarios.

El esfuerzo de la Compañía de Martín Soriano Zaplana desde los cabos hasta el último cargador.

El trabajo cada vez más intenso de la Asociación de Mayordomos y la labor escondida de la Corte de Honor.

Los arcabuzazos de paz que resonarán más fuertes y más limpios que nunca.

La emoción del que dispara por vez primera y la experiencia sabia y serena de los veteranos.

La nostalgia de los ausentes y el dolor de los enfermos.

Las comuniones fervorosas, las confesiones sacramentales de tantos yeclanos, los sermones de nuestros sacerdotes.

La indiferencia de los que no creen pero que son nuestros hermanos,

porque, si no los consideramos así, no seríamos hijos de la Virgen.

El amor sonriente y primaveral de nuestros jóvenes.

La alborada, el beso a la Bandera, la Minerva, las lágrimas y los aplausos, el entusiasmo de toda la ciudad.

Todo lo que se resume en ese grito que es oración mariana, en ese grito que aprendimos de niños y sigue resonando a lo largo de nuestras vidas, en ese grito popular de la Yecla de ayer, del hoy y del mañana. En este grito que vais a lanzar conmigo:

¡Viva la Virgen del Castillo!